Introducción

Aún hoy vale la pena volver a los antiguos griegos. No porque se quiera repetir la historia de la filosofía, sino más bien porque en ellos podemos descubrir muchos de nuestros presupuestos categoriales y darles su verdadero sentido. De este modo, es posible regresar al pasado y concederle un valor actual. Además, tenemos la ventaja de vivir muchos siglos después de aquellos, lo que nos hace más objetivos y capaces de captar la trascendencia de su labor.

Ahora entramos en un tema y en un pensador que suelen citarse muy suscintamente, tanto que en la mayoría de las ocasiones se dejan por fuera, como si su valor fuera ínfimo. Hemos visto la necesidad de retomarlos y plantearlos en forma distinta, de ahí el

objetivo de esta investigación.

Al llegar al estudio del pitagorismo antiguo, nos encontramos con graves omisiones y errores. Así, por ejemplo, partiendo del análisis del primer grupo pitagórico (s. VI a. C.), se suele dejar de lado la descripción de los desarrollos posteriores de la escuela, cargando a la totalidad de estos movimientos con las mismas valoraciones hechas al primero, de modo tal que seguirían siendo una especie de sectas órfico-filosóficas con carácter discriminatorio y con el cerrojo de una dogmática impune. Esto es falso, al menos, en lo que respecta al movimiento pitagórico de finales del siglo V y principios del IV a. C., el grupo de madurez de la escuela, el que cierra el proceso más importante del movimiento.

Esta etapa del pitagorismo es tan diferente de la primera en algunos aspectos que podría denominarse como un "neopitagorismo". Las diferencias se muestran en varios aspectos: en primer lugar, el movimiento pierde sus características sectarias y muchos elementos religiosos y, aunque se mantienen ciertas normas estrictas de moralidad, ya no se sostiene la dogmática religiosa anterior. En segundo lugar, se elimina la división de clases que hacía del conocimiento una exclusividad mística de los del grupo "superior". En tercer lugar, se empiezan a escribir y transmitir sus principios a quienes se interesaran por ellos; es decir, se introduce la libertad de divulgación, libertad completamente prohibida para los seguidores más cercanos durante el tiempo de Pitágoras. En cuarto lugar, se da una evolución del pensamiento y de la acción, ya que se empiezan a retomar los conceptos y a darles cabida en diversos campos. Finalmente, por primera vez, se presenta una comunidad científica entre los pitagóricos, con sede en Tarento, bajo el mando de Arquitas.

Por otra parte, la importancia de estos pitagóricos puede considerarse desde varios puntos de vista. Su planteamiento desde los pensadores que vendrían de inmediato, Platón y Aristóteles, sería necesario para apreciar muchas de sus doctrinas. Aunque también es posible reconocer su valor propio y su relación con el pitagorismo en general, y además es factible hallar su trascendencia en el desarrollo de algunas categorías trascendentales, es decir, analizar su importancia histórico conceptual en el desarrollo filosófico griego.

Pero desde cualquier perspectiva que se observe el problema, es imposible negar las virtudes de estos pitagóricos. Estas virtudes los colocan en un lugar prominente en el pensamiento antiguo, quizás no tan importante como el de algunos otros presocráticos,

aunque sí lo suficiente como para no poder eximirnos de su estudio.

Arquitas de Tarento, a quien dedicamos enfáticamente este trabajo, tuvo una serie de características, como hombre y pensador, que nos hacen entrar en distintos ámbitos. Fue hombre público de reconocidos méritos políticos, ciudadano ejemplar, filósofo y científico. Aferrado a una filosofía que ya había decaído bastante, hizo con su labor intelectual que resurgiera, al menos durante el lapso de su vida, como en sus viejos tiempos.

Teniendo en cuenta esos aspectos debemos caminar por distintos senderos al enfrentarnos a este pitagórico. Filosofía, política, ciencia y ética, son para nosotros rutas obligadas; especialmente la primera porque será ella la que determina la identidad y el desarrollo de las otras. Sin embargo, en sentido estricto lo que hacemos es historia de la filosofía griega, con todos los problemas que se siguen de ello (v. g., errores interpretativos, textos falsos, ambigüedades insalvables, deformación del pensamiento original, etc.). A pesar de eso, nuestra ruta no pretende necesariamente converger con el común análisis histórico del pensamiento.

Podemos plantearnos esta temática histórica desde la filosofía y, en ese sentido, no debemos quedarnos en la mera descripción de datos y doctrinas; más bien tenemos que adentrarnos en lo profundo de su pensamiento, para que desde allí encontremos sentido a toda una serie de problemas. Para lograr esto, podemos valernos de sus categorías fundamentales, que para nuestro caso específico quedan resumidas en la analogía de

proporción.

La analogía puede concebirse, al menos, de dos formas: una como semejanza y otra en cuanto proporcionalidad, siendo la segunda la más importante en el pitagorismo y, en general, entre los más grandes filósofos antiguos. Su historia se inicia en Grecia desde los orígenes de la filosofía misma, aunque no sería sino tiempo después, cuando se aplicaría con rigurosidad a la solución de los problemas fundamentales de aquella. Se presenta, por ello, un desarrollo conceptual que aumenta el valor de esta categoría y que, a la vez, le da un mayor grado de validez y aplicabilidad.

Uno de los momentos de este proceso es el de los pitagóricos, de quienes procede el proporcionalismo más estricto. Entre ellos, Arquitas sobresale por sus importantes aportes al concepto y su desarrollo como categoría aplicada a las ramas del saber.

Sin embargo, esto que decimos no ha sido reconocido por parte de la mayoría de los especialistas, quienes, muchas veces, por centrarse en la descripción pormenorizada de los pensadores, hacen perder la perspectiva global de la filosofía. En ese sentido, éste es

un tema novedoso en los estudios sobre el pitagorismo, en especial porque las referencias al mismo son escasas.

Para hacer este estudio del pensamiento de Arquitas desde la analogía de proporción, debemos pasar por varios aspectos fundamentales. En primer lugar, debemos conocer el contexto histórico en que se enmarca y su propia vida y obra (1er cap.); en segundo lugar, se debe comprender el valor y las características de los aportes científicos de este tarentino, teniendo en cuenta que son los que hasta el momento se han recalcado más (cap. 2do). Con estos aspectos podremos plantearnos el problema de la interpretación que nos interesa, podremos entrar de lleno en los aspectos fundamentales, el ético y político (3er cap.) y el filosófico (cap. 4to).

Además de todo lo anterior, es necesario reconocer las posibles influencias de este pitagórico sobre personajes y épocas posteriores. Aunque, según veremos, esto es un problema que sobrepasa los límites inmediatos de este estudio.

Debemos aclarar que en el cumplimiento de estos objetivos hemos tenido, al menos, dos problemas insalvables. El primero, los materiales clásicos con que se cuenta no son aceptados por parte de algunos especialistas, exceptuando algunos fragmentos, específicamente, científicos. El segundo, el apoyo bibliográfico es pobre, ya que el tema no tiene casi antecedentes conocidos.

A pesar de eso, ante estos problemas hemos tomado una opción fundamental. En cuanto a lo primero, el cuestionamiento de los textos nos puede llevar a largas discusiones sin solución. Así, pues, lo mejor fue aceptar la validez de los recopilados por Diels y Kranz, no sin tener en cuenta las objeciones que se les pueden poner. De lo contrario, poco o nada trascendente podríamos lograr, ya que, de todos los fragmentos, solo unos pocos no son discutidos. El criterio de validez que hemos seguido es doctrinal; es decir, lo que nos confirma los textos es la coherencia conceptual con el pitagorismo, el desarrollo filosófico de éste en el siglo IV y algunas teorías científicas de Platón que dan muestras de influencias de este movimiento.

En cuanto al segundo problema, ésto complica la comprensión de los mismos textos clásicos. No obstante, a la vez, nos brinda una mayor libertad para introducir una interpretación bien articulada del pensamiento y acción del tarentino, no con el ánimo de falsear los hechos, sino más bien de darles un sentido lógico en su momento histórico, en su movimiento filosófico y en la personalidad misma que los ejecuta.

Finalmente, valdría la pena señalar que, para el desarrollo de este estudio, han sido fundamentales dos libros especializados, que deberían ser conocidos por nuestros lectores. Por un lado, la recopilación hecha por Diels y Kranz, *Die Fragmente der Vorsokratiker; Griechisch und Deutsch* (Zürich, Weidmann, 14ª ed., 1967-69) donde se presentan todas las referencias clásicas al tarentino que se conservan. Para citar este texto en las notas, usamos las iniciales D-K. Por otro lado, el soberbio trabajo de Maria Timpanaro Cardini, *Pitagorici testimonianze e frammenti* (Firenze, 1962), en su segundo tomo -el único citado y utilizado-, que presenta una traducción completa de los textos con comentarios muy acertados y rigurosos.